

*
* * *

CONTINÚA DON VÍCTOR RENDÓN

«Mis noticias no han podido llegar hasta la manera de cómo fue aprehendida la víctima en el trayecto de la plaza Cuauhtemoc (1) a su casa; allí lo pierdo de vista, pero lo vuelvo a encontrar al llegar al cuartel de Tlalnepantla, en un automóvil de color claro y rodeado de hombres. Llamen al cuartel. Un oficial sale y enciende una cerilla que pasea por los rostros de los ocupantes, sin duda para reconocerlos, y una mano de los examinados apaga la cerilla con un sacudimiento sordo. Se dice que fue Serapio, mas no se podría precisar.

EL CRIMEN

Bajan los hombres y entran al cuartel, que cierra sus puertas inmediatamente, y el oficial, encarándose con su víctima, le dice:

—Tengo orden de fusilarlo a usted, y lo voy a hacer en seguida.

La víctima protestó contra el abuso de la fuerza, y el oficial le replica:

—Es inútil cuanto usted diga; va usted a morir al instante. ¿Qué necesita usted?

—Papel para escribir mi despedida a mi mujer y a mis hijos, contestó resignadamente mi hermano.

Fortuño Miramón pidió el papel y condujo a su víctima a un cuarto en el fondo del cuartel; allí había mesa y una silla, y le entregó el papel, un lápiz y una vela, y mi hermano se sentó a escribir. De una ventana que quedaba a sus espaldas resonó un tiro y la bala le rompió el cráneo: allí fue rematado con una descarga que le disparó un pelotón que entró por la puerta.

Esta narración la tengo por un soldado del cuerpo, que presencié el asesinato.

(1) Quizá el autor se refiera a la plaza o glorieta de Colón.

El reloj, paraguas y mancuernas se las cogió el asesino; las ropas útiles las distribuyó entre los ejecutantes.

El cadáver fue sacado del cuartel para arrojarlo a una fosa sin nombre.

Este es, señor director, el horrible crimen que está esperando su castigo, y esperamos que un día u otro la justicia humana llevará al banquillo de los acusados a los autores y actores de este negro drama.

Lo saluda su afectísimo».

V. A. RENDÓN.

(De *La Revista de Yucatán*.)

EN CAMINO HACIA LA VERDAD

Reproducimos a continuación los puntos principales de lo publicado en el diario *El Sol*, de la ciudad de México, con motivo de las aclaraciones que le hizo un testigo presencial:

«Cuando supimos que existía un hombre que había presenciado la trágica muerte del diputado Rendón, a él fuimos y lo interrogamos terminantemente. El hombre nos dijo:

—«Es cierto, yo fui testigo de aquel crimen».

Y sin vacilar, como quien sabe que es deber sagrado ayudar al esclarecimiento de un delito, tal como nuestras leyes previenen, nos llevó paso a paso por el laberinto de la cruenta historia, fijando sus recuerdos en los sitios inolvidables por donde pasó al lado de la víctima.

¿Ha dicho la verdad este hombre? No queremos pensar contrariamente. ¿Quién se atreve a mentir por el solo interés del engaño, cuando sus palabras tendrán la trascendencia de una acusación terrible?...

Pero digámoslo para definir nuestras responsabilidades: nosotros sólo hemos de escuchar, como haría un funcionario, al testigo e inquirir cuidadosamente en los lugares en que se nos dijo que la tragedia se había desarrollado. La verdad vendrá a su hora, y, en busca de ella, procuraremos seguir el más recto camino.

DATOS RETROSPECTIVOS

El abogado yucateco don Serapio Rendón fue, como no se habrá olvidado, uno de los hombres más adictos al régimen maderista, que cayó con el levantamiento de la Ciudadela.

Sus ideas y sus antecedentes políticos lo llevaron, al triunfo de la revolución de 1910, al seno de la Representación Nacional, en donde se distinguió por sus campañas parlamentarias.

Cuando los inolvidables acontecimientos que se conocen con el nombre de la «Decena Trágica», el diputado Rendón, como otros muchos políticos del régimen caído, temiendo ser víctima de persecuciones de parte de los hombres que habían triunfado gracias al *simulacro* sangriento de la Ciudadela, huyó de la Capital, dirigiéndose a la Habana, donde vivió por algún tiempo.

Las pasiones políticas, aparentemente sosegadas con la literatura sedativa que encerraba aquel ilusorio lema de *Paz y Justicia*, auguraron la proximidad de días menos tormentosos y, entonces, algunos de los ausentes volvieron del exilio, contando con el amparo de las leyes.

Don Serapio Rendón vino de la Habana y se radicó en la Capital. Aquel personaje, de quien un tiempo hablaron todos los periódicos y que llevó su popularidad hasta hacerse blanco de caricaturas y coplas de teatro, vivió una vida de retraimiento que dió por resultado que casi se le llegara a olvidar.

Pero esto no sucedió así: sus enemigos políticos lo espían, y una denuncia tal vez, una sospecha quizá, o una inquina y un rencor tenaces, desencadenaron nuevamente contra él todas las persecuciones.

Más tarde se supo, primero en centros y corrillos y luego por algún periódico, que don Serapio Rendón había muerto. Unos decían que en un combate; otros, que al pretender huir después de que se le había descubierto tramando un complot contra el Gobierno. . . . Nadie sabía la verdad. Es decir, la sabían muchos; pero la ocultaban, la escondían entre el horror de sus conciencias atormentadas; y algunos, — ¡oh crueldad inaudi-

ta!—la contaban como charla macabra de sobremesa en el café de moda, cuando el alcohol hace soltar la lengua y desoír la prudencia del miedo o el silencio de la complicidad. . . .

El tiempo pasó, y sobre el suceso trágico cayó la indiferencia de los unos y el taimado olvido de los otros. Pero los que padecían hambre y sed de justicia; los que esperaban el día de las revelaciones y de los castigos; los que, hermanos o amigos de la víctima, callaban el grito de su acusación en espera del advenimiento de la santa venganza, esos. . . . no olvidaban.

«¡YO ACUSO!»

Y llegó el día en que ya no debía callarse. Y un hombre que estuvo a punto de ser victimado también al lado del amigo, alza ahora la voz acusadora, juzgando que su supervivencia casi milagrosa es tal vez un designio de Dios, o una predestinación de lo inmutable.

LA APREHENSIÓN DEL DIPUTADO RENDÓN

El testigo de la tragedia comenzó a darnos su declaración cuando a bordo de un auto caminábamos velozmente rumbo a la población en donde se desarrolló el drama.

Habíamos salido de la Capital (esto fue ayer por la tarde), cerca de las tres, dando instrucciones al «chauffeur» para que, tomando por la calzada que pasa por la Escuela de Agricultura y por las poblaciones de Popotla, Tacuba y Atzacotzalco, nos condujera a la de Tlalnepantla, romántico villorrio a la vera de un lomerío cubierto de árboles y en el fondo de un valle ubérrimo, desde el que se contempla a lo lejos el perfil sinuoso y vago de las serranías del Sur.

El testigo, sin poder ocultar del todo su emoción, al cruzar nuevamente por aquellos sitios nos hablaba de que el finado señor Rendón, en los últimos días en que las persecuciones de sus enemigos se hicieron más tenaces, acudió a él en solicitud de hospitalario refugio, donde poder guardarse del furor de sus perseguidores.

—«Tres días, siguió diciendo nuestro interlocutor, permaneció don Serapio en mi casa, y una noche, la víspera de la muerte del infortunado caballero, salimos, no sin grandes precauciones, a la calle, dirigiéndonos hacia la calzada de la Reforma. Parece que don Serapio temía ser descubierto en mi casa e iba en busca de la de un amigo; pero esto no lo sé de cierto.

«En el café «Colón» nos detuvimos, más bien a ruego mío, para tomar una copa, y después de esto, con lo que yo pretendía animar un tanto al señor Rendón, atravesamos la glorieta y nos dirigimos hacia una gran casa de estilo moderno que hay por ahí y que es propiedad de una dama distinguida. Allí nos despedimos don Serapio y yo.

«No fue sino hasta el día siguiente muy de mañana cuando don Serapio y yo volvimos a encontrarnos, y ya entonces los dos estábamos en poder de los que a él le habían de quitar la vida y a mí ocasionarme los momentos más dolorosos de mi vida.

«Cuando yo, después de dejar a don Serapio en la casa de la glorieta de Colón, regresé a casa, no pude desechar de mí una intranquilidad y un sobresalto crecientes. Es esto lo que algunos llaman presentimiento.

«Después de algunas horas, cuando me disponía a recogerme, viendo que el señor Rendón no regresaba, la policía reservada se presentó en mi casa. Eran tres hombres, a quienes mandaba otro de recia complexión y voz altanera. Brevemente me dijo éste que venía por don Serapio y por mí. Lo registraron todo, volvieron todo de arriba a abajo, con un afán que no dejó de llamarme la atención por lo tenaz y descomedido.

«Cuando la tarea, ímproba por cierto, dió fin y también una botella de vino que guardaba en el comedor, los agentes me sacaron de allí y me condujeron a la inspección general, donde permanecí incomunicado toda la noche, hasta que cerca de las tres de la mañana me sacaron, y fue entonces cuando vi a don Serapio, que había sido aprehendido también.

«En la puerta de la inspección aguardaba un automóvil, en el que habían sido colocados cerca de veinte rifles y una caja de parque. Nos hicieron subir al señor Rendón y a mí, y en el mismo coche tomaron asiento tres hombres: el que mandaba a mis

aprehensores y dos más: el primero dió una orden al «chauffeur», y el auto partió....»

Al llegar aquí el testigo se volvió hacia el camino, y nos dijo mostrándonos un grupo de casas humildes de la barriada de la Tlaxpana:

—«Mire usted: en ese tenducho nos detuvieron. Bajó uno de nuestros custodios, llamó en aquella casa que se llama «El Chubasco», y después de largo rato de llamar, consiguió que le abrieran y le vendieran unas botellas de vino».

Todo el resto del camino el testigo fue haciendo recuerdos de aquel viaje inolvidable, en que la muerte se cernía ya sobre el desventurado señor Rendón....

LAS DIFICULTADES DE LA CARRETERA

Habíamos pasado ya por el pueblo de Atzacapotzalco y dejando atrás varios caseríos que de cuando en cuando, entre la nota verde de los árboles de la carretera, ponía la nota ingenua de un humo de chimenea rural o de una ventana entoldada de yerbas y medio escondida entre los arriates y los tiestos, florecidos de campánulas, geranios y «chícharos».

De pronto el automóvil se detuvo. Parecía imposible seguir adelante: las copiosas lluvias que en estos días han caído en el contorno y el ir y venir de los pesados carromatos, habían dejado intransitable la carretera. A un lado sigue una vía de tracción animal, y en el frontero un canalón de aguas turbias. Ordenamos al «chauffeur» que siguiera, y poco después caía el coche en un enorme bache lleno de fango, del que no salimos sino mediante el auxilio de una buena bestia que por nuestra fortuna apareció por allí tirando de un carro de *acarreo*.

En la tarea de sacar el auto del hoyanco aquel empleamos muy cerca de media hora, uniendo nuestros esfuerzos a los de la azorada acémila, que quizá por primera vez en aquellas andanzas se vió.

No fue este el único contratiempo en todo el tramo desde las trancas de Santo Domingo hasta la hacienda de El Rosario; volvimos a tener por más de cuatro ocasiones que empujar el ve-

hículo para sacarlo de las cenagosas profundidades donde caía, temiendo que en una de tantas allí se quedara sabe Dios hasta cuándo. Pero no fue así: de la hacienda de El Rosario en adelante el camino se hizo menos intransitable, y por fin, después de tres horas y media de caminata, llegamos a Tlalnepantla, internándonos por las calles tranquilas, llenas de gentes curiosas y de canes inhospitalarios.

De pronto, el testigo dijo al «chauffeur» que se detuviera. Bajamos todos. Era la calle Juárez, cerca del viejo templo, en que sonaban las campanas de la tarde.

A media cuadra, frente a una casa enjalbegada de blanco y con ese aspecto severo y pobre de casa municipal, el testigo se detuvo, y con una sincera emoción incontinida, exclamó:

—Allí mataron al licenciado Rendón....

Cuando después del accidentado viaje de automóvil llegamos a la población de Tlalnepantla, y siempre guiados por el testigo nos detuvimos frente al edificio que sirve de casa municipal, el relato impresionante que punto por punto habíamos escuchado durante el camino, de labios de aquel hombre que pasó por allí en horas de espanto y de sangre, aquellos episodios inolvidables tomaron la fuerza de una evocación frente al caserón sombrío que guarda el secreto del trágico fin del diputado yucateco, víctima de sus enemigos políticos.

El testigo había exclamado inflexiblemente: «¡Aquí fue asesinado el diputado Rendón!» Y nos dispusimos a seguir sus pasos, pues se dirigía ufano hacia la sombría casa en cuyo frente, como atalayas, se levantaban unos cuantos mezquinos «troenos» que brillaban de agua de lluvia.

Una vez dentro de la casa, el testigo, con una emoción que iba en aumento a medida que la reconstrucción de la tragedia en los lugares donde se desarrolló, iba haciendo aparecer en toda su crueldad y horror las escenas que precedieron a la muerte del señor Rendón, el testigo, decimos, nos invitó a entrar en el cuarto donde se cometió el crimen....

Nuestra emoción también había llegado a su máximo....

—Aquí tiene usted el cuarto donde el señor Rendón cayó para no levantarse más. Aquí le hirieron de muerte sus asesi-

nos. Aquí se apagaron los últimos gritos de su agonía y de su imponente desesperación....

La voz del testigo era vibrante de indignación cuando nos daba los pormenores del crimen.... Luego calló, como fatigado por el esfuerzo de sus nervios.

Nosotros, sin embargo, no debíamos dejarnos impresionar; en estas condiciones no es fácil la labor inquisitiva, y comprendiéndolo así, dejamos unos momentos al testigo que hablara con nuestro dibujante y con las personas que nos acompañaban y nos dedicamos a observar.

EL TEATRO DE LA TRAGEDIA

El palacio municipal de Tlalnepantla, como muchas casas provincianas que se destinan a este empleo, es una construcción vasta y pobretona, con un gran zaguán en el centro y algunas ventanas sobre los muros enjalbegados de blanco. Tiene un solo piso y sobre el filo central de la azotea ostenta un tímpano de mamposteado, de mediocre aspecto, que sostiene una astabandera apollillada.

El interior tiene aspecto más pobre aún. Las habitaciones han sido destinadas a oficinas públicas, y por doquiera se nota un abandono y una incuria que contribuyen a volver más sombrío aquel lugar. El patio es un rectángulo, bordeado en uno de sus lados por un corredor estrecho, cubierto con cobertizo de lámina, orinecida y rota a trechos.

El piso del patiezuelo es de tierra apisonada y por allí medran unas cuantas humildes plantas: el «platanillo», de hojas lanceoladas y flores amarillas; el «verbenón», de pequeños botones azules; los «mastuerzos» y las «campanitas de María». También, cerca del muro, hay un desmedrado pino y unas matas de heliotropos. A lo largo de las paredes húmedas trepan algunos helechos que nadie se cuida de arrancar y que prosperan con la lluvia copiosa de estos días. En un extremo se levanta un viejo poste telegráfico que no sé por qué parece una gran cruz simbólica y abandonada.

Fue este el lugar del drama terrible, el teatro de la cruenta venganza.

EL «VÍA CRUCIS» DE LA VÍCTIMA

Para que el lector pueda darse cuenta cabal de todos los detalles de este drama inquietante, no queremos omitir el relato del testigo que se refiere al «vía crucis» por donde pasó la víctima antes de llegar al sitio donde había de caer acribillada a balazos.

—«Cuando el automóvil en que nos conducían al señor Rendón y a mí los polizontes, siguió la ruta, después de que éstos adquirieron algunas botellas de vino en el tenducho de la Tlax: pana que se llama «El Chubasco», la velocidad del vehículo aumentó hasta el vértigo. Diríase que los verdugos tenían prisa de acabar con su víctima.

«El diputado Rendón iba en un asiento delante del mío, y hasta entonces sólo había hablado una que otra palabra con el hombre que cerca de él iba custodiándole. El desventurado don Serapio, como si presintiera su fin trágico, tan próximo, había dejado caer la cabeza sobre el pecho y simulaba dormir; pero de cuando en cuando, yo, colocado cerca de él, percibía algo así como un suspiro incontinente y algunos nerviosos movimientos del detenido.

«Yo también ocultaba difícilmente mi zozobra. Ignorante de la suerte que iba a correr, me entregaba a una serie de reflexiones interminables que, como un laberinto, me llevaban de aquí para allá y de uno a otro lado, acabando por enloquecerme. ¿Qué irían a hacer de nosotros aquellos hombres que con tal lujo de fuerza nos conducían por aquellos sitios desiertos, en medio de aquel amanecer frío y tan lleno de tristes presagios? Aquellas armas que iban casi a nuestro alcance, en el fondo del automóvil, ¿estarían destinadas a arrebatarnos nuestras vidas? ¿Aquellos hombres serían nuestros verdugos más tarde? No parecían demostrarlo, como sin cuidarse de nosotros sostenían una animada charla propia de esa gente maleante

que se cuenta anécdotas innobles y goza recordando desvergonzadas memorias. El automóvil cruzaba el camino velozmente . . .

«¡QUÉ MAÑANA TAN FRÍA!»

«Habíamos dejado atrás a Atzacapotzalco. Entre la bruma del amanecer asomaban aquí y allá algunas humildes casuchas campesinas. Cruzamos la vía del ferrocarril . . . El camino hace una pronunciada curva cerca de Santo Domingo; yo casi involuntariamente dije al «chauffeur»:—¡Cuidado! . . . modere la velocidad . . .» Y entonces uno de nuestros custodios me preguntó con curiosidad:

—«¿Sabe «manejar», amigo? Afirmativamente respondí, y para distraerme un tanto, les relaté algunas de mis proezas de «sportsman» . . .

«Esto fue mi salvación, a esta insignificante conversación debí nada menos que la vida, pues después del asesinato de don Serapio el «chauffeur» se había emborrachado, y yo regresé a la Capital a los asesinos manejando el automóvil.

«Adelante de la hacienda de El Rosario, el señor Rendón, por tercera o cuarta vez, exclamó:

«¡Qué mañana tan fría!» El tono con que el desdichado señor pronunciaba esta queja, tiritando involuntariamente, fue tan triste, que no he podido olvidar aquellas palabras, que tenían la honda sinceridad de un presentimiento».

UNA HORA DE ANGUSTIA

Después de observar el aspecto de la casa trágica y de anotar todos los detalles interesantes, volvimos a unirnos al testigo, que en aquellos momentos mostraba a nuestros acompañantes una de las piezas que se encuentran en el lado Oriente de la finca:

—«En esta pieza permanecí por espacio de cerca de una hora. Aparentemente nadie me vigilaba; pero yo sabía que si

intentaba escapar, alguien, que debía de estar pendiente de mis movimientos, me lo impediría, y tal vez el intento me costara la vida.... Así, pues, permanecí en este sitio sin moverme, contando los instantes, que se hacían interminables para mi angustia.

«De pronto oí un grito de dolor y una sorda detonación, en seguida otra... y otra.... y otra más. Como impulsado por algo superior a mis fuerzas y a mi voluntad, salí del lugar donde me encontraba y no vi a nadie, ni en los corredores, ni en el patio... Avancé hacia la habitación donde habían sonado los disparos.... Empujé la puerta, inconsciente, loco, sin idea del peligro, como si alguien me llevara hacia allí... Entré.... Y un espectáculo inolvidable que me ha robado muchas horas de sueño y de paz, me hizo detenerme aterrado: cerca de una mesa, en la que se veían algunos papeles, el desdichado señor Rendón estaba caído en el pavimento; debatiéndose en un charco de sangre, mirándome con ojos que casi ya no veían....

«A unos cuantos pasos estaban dos hombres: eran los asesinos....»

MOMENTOS ANTES DEL CRIMEN

El testigo de la tragedia, recorriendo con nosotros los sitios en que ésta se desarrolló, nos llevó hasta la pieza que se halla en uno de los ángulos del corredor de la casa municipal de Tlalnepantla. Es un cuarto de no muy amplias dimensiones, que ahora se destina a oficina de telégrafos. Contiguo está otro tan pequeño, que difícilmente caben algunos objetos que han sido abandonados allí. En uno de los muros de este pequeño cuarto hay un tragaluz que cae sobre una azotehuela. Por este tragaluz penetró uno de los hombres que dispararon sobre el licenciado Rendón.

Momentos antes del crimen, según nos cuenta el testigo, los hombres que habían conducido a aquella casa al diputado Rendón y al propio testigo, tuvieron una breve conversación con otros dos más que se encontraron allí a la llegada de los prisioneros.

En tanto el diputado Rendón había solicitado permiso de escribir un recado, y se le condujo a la pieza que se halla en el ángulo derecho del patio, con relación al zaguán. Mientras, el testigo permaneció en otra pieza cercana, pasando momentos de incertidumbre y de angustia.

No sabe el testigo precisar el tiempo que transcurrió entre el momento en que el diputado Rendón fue conducido a la pieza del crimen y el en que éste se cometió.... Deben haberle parecido eternos aquellos instantes.

SE OCULTA EL CADÁVER

Cuando, como hemos dicho ya en nuestro relato de ayer, el testigo acudió al sitio donde se habían escuchado las detonaciones, el diputado Rendón expiraba, caído cerca de la mesa adonde estuvo escribiendo algunas líneas.

Ya el infortunado señor Rendón no pudo pronunciar palabra alguna: sólo lanzó una mirada última al testigo, quien, horrorizado, huyó de aquel sitio en los momentos en que los autores del crimen empuñaban todavía sus armas humeantes.

Oculto en uno de los rincones del patio de aquella horrible mansión, el testigo permaneció largo tiempo sin atreverse a tomar resolución alguna.

Poco después un macabro grupo salía del lugar donde se cometió el asesinato: dos hombres, seguidos de los que habían dado muerte al diputado Rendón, avanzaban por el corredor conduciendo el cadáver.

Deliberaron unos cuantos minutos y, tomando una resolución, depositaron sobre el suelo del patio el inanimado cuerpo, y comenzaron a cavar un hoyanco cerca del muro que está frente a la puerta de entrada. Una vez terminada esta macabra tarea, el cadáver fue arrojado en el fondo del hoyo y cubierto rápidamente con tierra.... Encima se colocaron unas cuantas yerbas arrancadas de un pino cercano.

Después de esto, uno de los autores del crimen, sin que un solo músculo de su cara se alterara, dijo restregándose las manos para quitarse la tierra:

—¡Vaya, hemos acabado!

En aquellos momentos la luz de la mañana llenaba la casa y en la cercana iglesia parroquial las campanas del alba sonaban alegremente.

¿DÓNDE SE HALLA EL CADÁVER DEL DIPUTADO RENDÓN?

Sobre esto hay varias versiones. El testigo sólo sabe, tal como hemos dicho, que, después del crimen, el cuerpo inanimado del abogado yucateco fue enterrado en el patio de la casa municipal de Tlalnepantla. Allí, casi a flor de tierra, le ocultaron los autores del asesinato; pero, posteriormente, ha sido llevado a otro lugar.

En nuestras pesquisas logramos saber que algunos de los que presenciaron el crimen, o tuvieron participación en él, ya no se encuentran en la Capital, o se ignora su paradero. Uno de los asesinos se sabe que actualmente se oculta en una hacienda del Estado de México. Otro ha marchado a Europa.

Nosotros vimos el lugar donde el desdichado señor Rendón fue sepultado después de muerto, y la más intensa emoción nos embargó al ver aquel olvidado rincón, oculto entre algunas tupidas matas, que aún presenta huellas de haber sido destinado a guardar un secreto horrible. La tierra, a pesar del tiempo transcurrido, parece recién movida; un bastón se hundió fácilmente en aquel mal cubierto sitio, que fue un hoyanco perforado a toda prisa y escasa profundidad.

La versión que parece tener más verosimilitud es la de que el cadáver del señor Rendón fue trasladado algunos días después del crimen al pobre cementerio que llaman «La Loma», y que se halla situado a unos cuantos kilómetros de la población de Tlalnepantla.

HABLA EL SEÑOR FLORES MAGÓN

Cuando en nuestras columnas comenzamos a publicar el sensacional relato del testigo que presencié la muerte del infortunado licenciado Rendón, teníamos ya en cartera los nombres

de algunas personalidades que habrían de arrojar mucha luz sobre el crimen de que nos hemos venido ocupando.

Sabiendo que el señor licenciado don Jesús Flores Magón, exsecretario de Gobernación en dos ocasiones, tenía importantes datos que proporcionarnos sobre la desaparición del licenciado Rendón, nos dirigimos en busca del conocido político, y al manifestarle deseos de dar a conocer sus palabras al público, el señor licenciado Flores Magón se expresó en estos o parecidos términos:

—«Ocho días antes de aquel en que murió Serapio Rendón, éste y yo tuvimos aviso de haber sido sentenciados a muerte; el portador de la infausta nueva fue el licenciado Manuel Malo y Juvera, a quien, así parece, le hizo encargo especial de avisarnos el señor licenciado José Natividad Macías.

«El licenciado Macías, por noticias que tuvo oportunamente, supo la suerte que nos estaba deparada por boca propia del entonces ministro de Gobernación, doctor Urrutia, y en seguida comisionó al licenciado Malo y Juvera, quien desempeñó su papel perfectamente.

«—Licenciado, dije yo a Serapio, ¿piensa usted alguna cosa para guardarse?

«—Nada, mi querido abogado.

«—Hay que guardarse un poco; tenga usted precauciones.

EL AVISO ÚLTIMO

«Pasaron algunos días, y Serapio, lo mismo que yo, para nada dejamos de venir a nuestras labores profesionales.

«El viernes, o sea el día que lo mataron, teníamos que asistir al Senado en nuestra calidad de miembros de la Comisión Permanente de aquel alto cuerpo.

«Mas, antes de entrar, notamos la presencia de una señora que conocíamos con el nombre de Olimpia, y que pertenecía a la inspección general de policía.

«Toda nerviosa se acercó a Serapio para decirle:—«Para esta noche tienen preparado el golpe que ha de privarle de la vida; por esto vengo a darle aviso».

«—Licenciado, ¿qué piensa usted hacer?, dije yo.

«—Nada...

«—Pero es que....

«—Tengo compromiso de cenar en casa de la señora Scherer, e iré. (Recuérdese este dato de nuestra investigación.)

«—Precaución, licenciado, agregué yo.

«Y esa misma tarde noté a Serapio un tanto prudente en sus discursos, lo cual me sorprendió, pues por lo general era demasiado fuerte.

«Terminada la sesión salimos del Senado, y Serapio se dirigió a su casa para cambiarse el traje de calle por el de etiqueta.

«Después se encaminó a la casa de la señora Scherer.

LA CAPTURA DE LA VÍCTIMA

«Eran las once en punto de la noche. Así lo supe cuando Serapio abandonaba la casa de la expresada señora. Atravesó la glorieta de Colón, siguió por el lado Oriente del café «Colón», y, al pretender dar vuelta por las calles de las Artes, dos hombres lo sujetaron de la mano izquierda y dos de la mano derecha, mientras otro lo amordazaba.

«Sin perder tiempo la víctima fue colocada en el interior de un auto que esperaba allí, el cual partió a carrera vertiginosa.

EL PRINCIPIO DE UNA CARTA

«Conocedor de la suerte que le esperaba, el licenciado Rendón pidió a los sicarios que le permitieran escribir a su familia unas cuantas líneas, siéndole concedida la gracia solicitada.

«Serapio puso tan sólo estas palabras: «Adorada esposa: ido...» y recibió un tiro de revólver en el cerebro.

«Se presume que Rendón iba a escribir «idolatrados hijos» cuando lo sorprendió la muerte.

¿Y LOS ESBIRROS?

«Sobre los que cometieron el asesinato de Serapio poco podré decirle; sin embargo, y haciendo justicia a quien corresponda, debo manifestarle que a don Joaquín Pita, inspector general de policía en aquella época, le fue dada la comisión de hacer desaparecer a Serapio; pero el aludido funcionario desechó el procedimiento, y, según me han dicho, le dieron el encargo a Francisco Chávez.

«Toca aquí averiguar si éste fue o no el que llevó a efecto la odiosa muerte del licenciado Rendón».

HABLA DON JOAQUÍN PITA

El hecho de que el señor licenciado Flores Magón citara en su interesante relato a los señores licenciados José Natividad Macías, Malo y Juvera y don Joaquín Pita, hizo que fuéramos en busca de ellos.

El señor Pita se expresó en estos términos:

«Mi presencia en México no indica a ustedes otra cosa que la ninguna culpabilidad que tuve en la muerte del licenciado Rendón, o en cualquier otro asunto. A su tiempo yo diré todo lo que sé, y se verá entonces cuál fue mi labor en la inspección general de policía».

(Extracto del relato publicado en «EL SOL».)

**ASESINATO DEL LICENCIADO
DON SERAPIO RENDÓN**

Sobre el asesinato del señor licenciado don Serapio Rendón se ha forjado una serie de historias, a cada una de las cuales se ha hecho aparecer como la verdad de lo acontecido. Sin embargo, el autor de este libro, en unión del fallecido reportero don Agustín Páez, fue testigo presencial, a su pesar, de cómo fue asesinado el «leader» que en la convención efectuada en el teatro «Hidalgo» en 1911 sostuvo la candidatura para la Vicepresidencia de la República del licenciado don José María Pino Suárez.

El asesinato del licenciado Rendón es una de las primeras páginas rojas que forman el libro del huertismo, y seguramente fue de los que más conmovieron a la sociedad y a las personas sensatas.

El licenciado Rendón vino a esta Capital, procedente de Yucatán, el año de 1907, comenzando a despachar sus asuntos en el bufete del licenciado José R. Aspe. Al lado de este abogado el licenciado Rendón se dió a conocer entre sus colegas de esta Capital, siendo uno de los defensores de Hilario Franco, acusado de haber matado a Isabel Vilchis. El defensor del acusado era el licenciado Aspe, quien, mirando un caso jurídico de valimiento, llevó a su amigo el licenciado Rendón. Durante la audiencia hizo que se fijaran en él sus colegas de esta Capital, debido a su manera de hacer los interrogatorios